

www.puntodelectura.com

MARIO BENEDETTI

Gracias por el fuego

punto de lectura



Mario Benedetti nació en el Paso de los Toros (Uruguay) en 1920. Se educó en un colegio alemán y se ganó la vida como taquígrafo, vendedor, cajero, contable, funcionario público y periodista. Es autor de novelas, relatos, poesía, teatro y crítica literaria. Su obra, más de cincuenta libros, ha sido traducida a veintitrés idiomas. En 1953 aparece *Quién de nosotros*, su primera novela, pero es el libro de cuentos *Montevideanos* (1959) el que supuso su consagración como escritor. Con su siguiente novela, *La tregua* (1960), Benedetti adquiere proyección internacional: la obra tuvo más de un centenar de ediciones, fue traducida a diecinueve idiomas y llevada al cine, el teatro, la radio y la televisión. Por razones políticas, debió abandonar su país en 1973, iniciando un largo exilio de doce años que lo llevó a residir en Argentina, Perú, Cuba y España, y que dio lugar a ese proceso bautizado por él como «desexilio». Ha sido galardonado con, entre otros, el Premio Reina Sofía de Poesía, el Premio Iberoamericano José Martí y el Premio Internacional Menéndez Pelayo.

MARIO BENEDETTI

Gracias por el fuego

Título: Gracias por el fuego

© 1969, Mario Benedetti

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc, Agencia Literaria

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2288-1

Depósito legal: B-9.448-2009

Impreso en España – Printed in Spain

Portada: Jesús Acevedo

Primera edición: abril 2009

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Así de oscuro, de embebido o muerto.

LIBER FALCO

Yo soy pues de este mundo
y de estas cosas que son y que me llevan.

HUMBERTO MEGGET

Y si soñamos, fue con realidades.

JUAN CUNHA

En Broadway, a la altura de la calle 113, no sólo se habla en un español nasal y contaminado; también podría decirse que se piensa, se camina y se come en español. Letreiros y avisos, que algunas cuabras antes todavía anunciaban Groceries&Delicatessen, se han transformado aquí en Groserías y Delicadezas. Los cines no anuncian, como los de la calle 42, películas de Marlon Brando, Kim Novak y Paul Newman, sino que muestran grandes cartelones con las figuras de Pedro Armendáriz, María Félix, Cantinflas o Carmen Sevilla.

Ha entrado la noche en un viernes de abril de mil novecientos cincuenta y nueve, de modo que arriba ya no se ve el cielo, y abajo el aire parece menos sucio. En esta esquina de la más larga calle de Manhattan, los luminosos son modestos, pero aun así modifican el color de las mosquitas que se acercan a la luz. Broadway no es tan representativa del Spanish Harlem como puede serlo Madison; por lo menos aquí no vienen los turistas de Idaho y Wyoming a fotografiar puertorriqueños en Kodachrome.

Es la hora en que se vuelve al hogar, si puede llamarse bogar a estas miserables casas de inquilinato. A través de las ventanas abiertas se ven habitaciones con rajaduras y grandes manchas de humedad en las paredes, gente hacinada en cinco

o seis camas sin tender, niños descalzos que berrean entre moccos, y algún televisor con la pantalla manchada de grasa o de helado.

La esquina es pobre. La gente es pobre. Las casas tienen los frentes descascarados. Junto a un sonriente rostro de cocacola, alguien escribió con tiza: Viva Albizu Campos. Un ciego avanza con rostro impasible, mientras hace sonar las monedas dentro de un envase de lata. La esquina es pobre. De manera que el gran letrero luminoso que anuncia TEQLA RESTAURANT (porque la U y la I de TEQUILA se han apagado) desentona con su alrededor. No es exactamente un restorán de lujo, pero un examen superficial de la lista de precios, que figura con un marquito negro junto a la puerta, permite asegurar que ningún integrante del Spanish Harlem ha de pertenecer a su clientela. Tampoco es exactamente un restorán puertorriqueño; más bien es vaga y promedialmente latinoamericano. Aunque todavía es temprano, las mesas están prontas, con sus manteles, platos, cubiertos y servilletas. En una mesita junto a la pared de la derecha, hay incluso una pareja que examina, con las cabezas juntas, la lista de platos.

En la sección que da a Broadway, cinco mozos están listos para atender las treinta mesas. En el fondo del salón hay una puerta de doble hoja, que comunica con el Reservado, donde hay tendida una mesa para unas veinte personas. En el fondo del Reservado hay otra puerta, esta de una sola hoja, que conduce a la cocina a través de un angosto corredor. El teléfono está precisamente en el corredor, sobre un estante que además tiene una estatuita: un toro, en el amargo trance de recibir las banderillas.

Cuando suena el teléfono, viene José desde la cocina. José es un español con varios lustros de residencia neoyorquina.

Tanto se ha adaptado, que hasta cuando habla español mecha palabras inglesas.

—*Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Ah, you speak español. Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Todo típico, of course. No, señora. Sí, señora. No, señora. Primera calidad. ¿Y cuántos gringos piensa traer? Sí, señora. No, señora. Sí, señora. Claro, cuando vienen gringos traemos las panderetas. Typical, you know. También las gaitas. ¿Gaitas nicaragüenses? Sí, por supuesto. Nuestras gaitas son para todo servicio. Quédese tranquila, señora, todo saldrá bien. ¿Y para cuándo? Next Friday. Okei, señora, aquí lo anoto. ¿Cómo, cómo? Ah, su comisión. You mean su comisión de usted. Como es natural, deberá llamar más tarde, así habla con el Mánager. Pregunte por míster Peter. Peter González. Él es el que atiende eso de las comisiones. Sí, claro. Bye-bye.*

José viene al salón del frente, recorre a los cinco mozos con una amplia mirada inspectiva y retrospectiva, y comienza a aprontar unas servilletas. Sólo puede alinear una media docena. El teléfono vuelve a sonar.

—*Aló. Tequila Restaurant. Speaking. Oh, señor Embajador. ¿Cómo está usted? Hace tiempo que no tenemos el gusto de tenerlo por aquí. ¿Y la señora Embajadora? Me alegro, señor Embajador. Sí, señor Embajador. Voy a tomar nota, señor Embajador. Sí, señor Embajador, ¿Next Friday? Pues, usted verá, señor Embajador, esa noche el salón reservado ya está pedido. Pedido y concedido. ¿Quiénes son? No estoy seguro, señor Embajador, pero creo que son cubanos de Miami, alto nivel. Claro, señor Embajador, muy importante, eso es lo que yo digo. Por supuesto. Particularmente si lo de ustedes es simple y sana diversión. Exactamente como usted lo dice, señor Embajador: siempre y en todo, primero los profesionales. Yo sabía que usted iba*

a entender, señor Embajador. Eso sí. No lo divulgue. Creo que es una cena secreta. ¿Si vienen los gringos? No estoy seguro, señor Embajador, pero alguno siempre viene. No, señor Embajador, eso no puedo decírselo. Secreto profesional. A usted no le gustaría, señor Embajador, que yo anduviera comunicando por ahí que en junio de mil novecientos cincuenta y siete usted cenó aquí tres veces con una hermosura que después apareció como socia de los barbudos. No, señor Embajador. ¡No, señor Embajador! Duerma usted tranquilo, sólo se lo ponía como ejemplo. Usted sabe que soy una tumba. No tema, señor Embajador. Gracias, señor Embajador. Muchísimas gracias, señor Embajador. Yo sabía que usted iba a comprender. Entonces le reservo para el next Saturday. Okei, señor Embajador. Buena suerte, señor Embajador. Y mis respetos a la señora Embajadora.

Antes de que José vuelva a sus servilletas, el teléfono vuelve a sonar. El gesto de José no es exactamente de resignación, sino de pesada responsabilidad.

—Aló. Tequila Restaurant. Speaking. ¿Peter? Al fin, Pedro. No, no ha pasado nada. Simplemente que podías haber llamado antes. ¿Los uruguayos? No, todavía no vinieron, pero deben de estar al llegar. Oye, ¿son manirroto como los argentinos o pobretones como los paraguayos? ¿Más bien cicateros? Sólo quería enterarme; siempre conviene saber a qué atenerse. Pierde cuidado, hombre. Pues claro que hubo llamadas. Mira, llamé la cotorra vieja anunciando la venida de por lo menos quince gringos, next Friday, todos rotarios de Duluth. Le dije que sí. Luego te va a llamar, porque quiere la comisión. Mi modesta opinión es que hay que dársela. Siempre trae mucha gente. Es una andaluza, ¿sabes?, horrible pero habilidosa, y les ha tocao a los gringos el lao folclórico. Después llamó el Embajador. ¿Cómo que cuál de ellos? El gordito de la marihuana. A ver si ahora

vas a exigirme que te revele por teléfono los top secrets. Quería el Reservado, también para el next Friday. Como ya se lo había prometido a la cotorra vieja, y como estoy enterado de que tú no quieres más complicaciones, le dije que lo habíamos reservado para los cubanos de Miami. Sabes, me pareció mejor decirle eso, porque el gordo no se atreve con el State Department. ¿Hice bien? Okei. Lo trasladé al next Saturday. ¿Cómo que el next Saturday vienen los guatemaltecos? Pero ¿cuáles? ¿Los arbenzones o los ydigoritas? ¡Caracoles! ¿Por qué no me avisaste? Oye, déjalo por mi cuenta, mañana le hablo al Embajador y lo arrinconó para el next Sunday. Y no hay más novedades. Bye-bye.

Ahora son cuatro las mesas ocupadas. Con excepción de uno de los mozos, el más alto, que ameniza su obligado ocio metiéndose discretamente el meñique en la nariz, los otros han empezado a moverse. Van a la cocina y regresan con algún plato, pero sin forzar el ritmo, como reservándose para la hora en que seguramente ha de caer la gran avalancha de comensales. Cuando aparecen tres tipos, exageradamente abrigados para la agradable temperatura abrileña, y ocupan una mesa central, el quinto mozo extrae el meñique de la fosa nasal izquierda y se dirige sonriente a los recién llegados.

Un cuarto de hora después, la puerta principal se abre con más ruido que de costumbre, y entran, todas juntas, con risas y exclamaciones, ocho, diez, quince personas.

—Los uruguayos —murmura José, y se adelanta a recibirlos—. ¿Los señores son los uruguayos?

—¡Sí! —responde un coro de por lo menos siete voces.

Un hombre gordo, lustroso y sesentón, da un paso adelante y dice:

—Mi nombre es Joaquín Ballesteros. Desde la semana pasada tenemos pedida una mesa en salón reservado.

—Naturalmente —dice José—. Sírvanse pasar ustedes por acá.

José y el mozo del meñique sostienen las dos hojas de la puerta para que pasen Ballesteros y los suyos. Son ocho hombres y siete mujeres. Ballesteros toma la iniciativa para la distribución de asientos.

—Un hombre, una mujer, un hombre, una mujer —dice—. Aquí, como en todas partes, ésa es la distribución más entretenida.

Tres de las mujeres sueltan una risita.

—Indique usted, Ballesteros —dice uno de los hombres—. Indique usted, con nombre y apellido, dónde nos sentamos. De paso nos sirve como presentación.

—Tiene razón, Ocampo —contesta Ballesteros—. El hecho de que yo haya decidido juntar alrededor de una misma mesa a quince uruguayos que, por distintos motivos, están en Nueva York, no impide que se cumpla la formalidad de que todos conozcan los nombres de todos. Y aunque ya sé que ustedes mismos han improvisado algunas presentaciones, voy a seguir la idea de Ocampo y los voy a ir distribuyendo con nombre y apellido. Aquí, a mi derecha, Mirta Ventura. Al lado de Mirta: Pascual Berrutti. Al lado de Berrutti: Cécica Bustos. Al lado de Cécica: Agustín Fernández. Al lado de Fernández: Ruth Amezua. Al lado de Ruth: Ramón Budiño. Al lado de Budiño: Marcela Torres de Solís. Al lado de Marcela: Claudio Ocampo. Al lado de Ocampo: Angélica Franco. Al lado de Angélica: José Reinach. Al lado de Reinach: Gabriela Dupetit. Al lado de Gabriela: Sebastián Aguilar. Al lado de Aguilar: Sofía Melogno. Al lado de Sofía: Alejandro Larralde. Y al lado de Larralde: otra vez un servidor, Joaquín Ballesteros. ¿Estamos?

—¿Usted es algo de Edmundo Budiño? —pregunta Ruth Amezua, a la izquierda de Ramón.

—Soy el hijo.

—¿El hijo de Edmundo Budiño, el del diario? —siente Ramón que otra voz, la de Marcela Torres de Solís, pregunta a su derecha.

—Sí, señora, el del diario y el de la fábrica.

—Caramba —dice Fernández, asomándose por detrás de Ruth—. Entonces usted es todo un personaje.

—En todo caso el personaje es mi padre. Yo sólo tengo una agencia de viajes.

No hay que tomarse el trabajo de elegir los platos, ya que el menú ha sido ordenado por Ballesteros: tomates rellenos, ravioles a la genovesa, arroz a la cubana, copa melba.

—Me preocupé de que fueran platos sencillos —aclara Ballesteros en el momento en que llega el fiambre—. Bien sé que los uruguayos padecemos unánimemente del hígado.

—Qué bien que haya dicho hígado —dijo José Reinach—. Me hizo acordar de mis comprimidos.

—¿Qué tal? ¿Han hecho muchas compras? —pregunta en general Sofía Melogno, con una sonrisa que le quita diez años.

—Sólo artículos eléctricos —dice Berrutti, frente a ella.

—¿Dónde? ¿En Chifora?

—Naturalmente.

Célica Bustos se inclina confidencialmente hacia Berrutti y le pregunta en tono vergonzante qué es Chifora.

—¿Cómo? ¿No sabe? Es un escritorio, en un segundo piso de la Quinta Avenida. Hacen unos descuentos fenomenales a los latinoamericanos.

—Ay, déjeme anotar la dirección, por favor.

—Cómo no. 286 Fifth Avenue.

—No crea —dice Ballesteros, más silenciosamente aún, en el oído de Larralde— que Chifora es importante sólo en artículos eléctricos. También trabaja allí un cubanito que consigue unas chicas estupendas.

—¿De veras? Voy a anotar la dirección.

—Sí, le conviene: 286 Fifth Avenue.

—¿Y el empleado?

—Mire, el nombre no lo sé. Pero usted entra y se fija. A la derecha está el mostrador con los tocadiscos y los televisores. A la izquierda, un armatoste con medias stretch. Bueno, el tipo que le digo es un morochito, flaco, con ojitos de víbora, que está detrás del armatoste.

—Yo estoy deslumbrada —dice Mirta Ventura, poniendo su mano sobre el Longines de Berrutti—. Sólo hace una semana que llegué, y ya estoy deslumbrada. El Radio City es espléndido, con esa orquesta que aparece y desaparece, y ese organista sensacional, y las alfombras, ¿usted se fijó qué alfombras? Uno pisa y se hunde.

—¿El Radio City es una sala enorme donde bailan las Rockettes? —pregunta Aguilar desde la otra banda.

—Ese mismo —responde Berrutti—, ¿vio usted qué perfección?

—Eso pensaba yo cuando fui a verlas la otra tarde. Porque está bien que nosotros no tengamos nada, porque Montevideo no es nada. Pero Buenos Aires, que tiene tantas ínfulas, ¿eh? Dígame Berrutti, ¿qué tiene Buenos Aires que se pueda comparar con las Rockettes?

—¿Usted se refiere a las piernas solamente, o también a la disciplina?

—A todo. Piernas y disciplina. Acuérdesse del Maipo y le vendrán ganas de llorar.

—Bueno, *habría que saber en qué época fue usted al Maipo. Porque yo recuerdo que en el cincuenta y cinco, había dos morochas despampanantes.*

—¿Despampanantes por lo robustas?

—Por eso y algo más.

—Se lo preguntaba, porque todo es cuestión de gustos. *A mí no me gustan tan frisonas, sino del tipo más estilizado, exactamente como las Rockettes.*

—Claro, todo es cuestión de gustos. *A mí también me gustan estilizadas, pero siempre que haya dónde agarrarse.*

Con cierta escondida satisfacción, como si en el fondo se sintiera aludida, interviene Gabriela Dupetit.

—¿No les parece que ese diálogo es, cómo diré, demasiado para hombres solos?

—Tiene razón —dice Berrutti, y sobreviene un silencio un poco embarazoso. Sólo entonces puede percibirse el ruido de los tenedores y los cuchillos. También el ruido que hace Ocampo al tragar un vaso entero de Chianti. Todos lo miran con alegre sorpresa y el sube y baja de la nuez de Ocampo adquiere cierta notoriedad durante diez segundos.

—Excelente vino —dice Ocampo cuando se entera de que es el centro de las miradas.

Hay tres risitas en el ala izquierda, y Reinach se siente obligado a intervenir.

—Eso es lo que tiene de extraordinario este país. Es bueno hasta en lo que no tiene. Los vinos de California son mediocres, es cierto. Pero usted puede comprar aquí cualquier vino, de cualquier parte del mundo. Ayer mismo, compré una botella de Tokaj, que como ustedes saben es un vino comunista. Eso es amplitud. ¿Ustedes se dan cuenta de lo que significa que Estados Unidos permita que aquí se vendan vinos comunistas?

—Yo propondría que nos tuteáramos —le dice Fernández a Ruth Amezua.

—Es una buena idea —contesta ella, y con un gesto descontrolado, como podría haberse mordido el labio o rascado la nariz, mira su relojito, que marca las diez y veinte.

—Yo siempre digo, lo mejor es tutearse de entrada, si no después se hace más difícil —insiste Fernández. Deja el tenedor con las arvejas y apoya exploratoriamente su mano en el desnudo antebrazo de la muchacha.

—Portate bien —dice ella, en un tono que es a la vez de reproche y de inauguración.

Relativamente conforme, la mano vuelve a su tenedor, pero las arvejas se han deslizado otra vez hacia el tomate relleno.

—De modo que usted es casada —dice Budiño a la señora Solís.

—¿No tengo cara de casada?

—Bueno, no sé cómo es una cara de casada. Sólo sé que es usted demasiado joven.

—No tanto, Budiño. Tengo veintitrés años.

—Huy, qué vejez.

—Usted se ríe, pero a veces me siento vieja.

—Mire, la comprendo, porque yo también a veces me siento joven.

—Por favor, Budiño, si usted tiene cara de muchacho.

A la izquierda de Budiño, suena la voz nerviosa de Ruth:

—¿Por qué no se tutean, como nosotros?

Ramón y Marcela cruzan una mirada inteligente y cómplice.

—Sucede que todavía no hemos considerado esa posibilidad —dice Budiño—. Pero a lo mejor la consideramos.

—¿Verdad? —dice Marcela, levantando las cejas.

—Siempre y cuando estos pesados casi veinte años de diferencia no la cobíban a usted.

—¿A usted?

—Quiero decir: no te cobíban.

—No, te aseguro que no.

—Yo pregunto —dice en el otro extremo de la mesa Sofía Melogno—, ¿por qué seremos tan contreras, por qué estaremos siempre buscándole defectos a los Estados Unidos, siendo como es un país maravilloso? Además, aquí la gente trabaja de veras, de la mañana a la noche, y no como en Montevideo, que salimos de una huelga para entrar en otra. Es doloroso, pero hay que reconocer que entre nosotros el obrero es la chusma. Aquí no, aquí el obrero es un hombre consciente, que sabe que su salario depende del capital que le da trabajo, y por eso lo defiende. ¿Me quieren decir quién en el Uruguay trabaja de la mañana a la noche?

—Me imagino que usted, señorita —dice imprevistamente Larralde—, por lo menos para difundir sus principios.

—No haga chistes, Larralde. Usted bien sabe que no necesito trabajar.

—Ah, yo pensaba.

—Eso es lo único que falta. Que las muchachas de buena familia nos pongamos de oficinistas. Un modo como cualquier otro de perder la femineidad.

—Todo depende, señorita. A veces la mujer tiene que elegir entre morir de hambre o perder la femineidad.

—Seré curiosa, Larralde: ¿Usted es comunista?

Berrutti atiende a Mirta Ventura. Fernández flirtea con Ruth. De modo que Cécica Bustos se siente aislada, marginada por las espaldas de sus respectivos vecinos. Se decide por Aguilar, que en ese momento la está mirando.

—¿Y usted qué hace en Nueva York?

—En Nueva York me hallo sólo de paso. En realidad, estoy viviendo en Washington.

—Entonces, ¿qué hace en Washington?

—Números.

—Sigo en ayunas. ¿Qué es? ¿Contador? ¿Ingeniero? ¿Oficinista?

—Arquitecto.

—Caramba.

—Trabajo en la OEA.

—¿Y se siente a gusto?

—Sí, bastante a gusto.

—¿Y qué hace allí?

—Planes de urbanización. Por lo general, para países subdesarrollados.

—No me diga que nos van a llenar de esos pueblitos anti-sépticos, simétricos, pulidos, todos iguales y sin carácter.

—Después de todo, es preferible eso a las favelas, las poblaciones callampa, las villas miseria, los cantegriles. ¿O no?

—Sí, claro. Pero ¿por qué todos iguales?

—Sale más barato. Ahora estamos proyectando varios para el Paraguay. Probablemente el año próximo tenga que ir a Asunción por ocho o diez meses.

—Yo no podría ir a Asunción.

—¿Por qué? ¿Por Stroessner?

—Yo también pensaba eso, allá, en Montevideo. Pero reconozco que somos infantiles. Pensando así, no hacemos nada de nada. Mientras fui estudiante, trabajé mucho en la FEUU; después me aburrí de ser principista y pobre gato. Quizá le parezca un cínico. Pero aquí me pagan estupendamente. Claro que en Montevideo me he quedado sin amigos.

—¿Y está contento? Quiero decir contento consigo mismo.

—Bah, tanto como contento. Llega un momento en que hay que decidirse: o se sigue fiel a los principios o se gana plata.

—Y usted se decidió.

—Sí. Pero no voy a hacer como algunos colegas, que, para acallar sus escrúpulos y taparle la boca a los reproches, quieren hacer creer que esto es estupendo. Le aseguro que no lo es. Y la OEA es más mugre todavía. Pero gano muchos dólares.

—Nada, no producimos nada —le dice Reinach a Gabriela Dupetit—. ¿Cómo quieren que los capitalistas norteamericanos hagan inversiones en nuestro país, si no producimos nada? Para invertir, tiene que existir algo como el milagro alemán; allí trabajan. A mí me hacen gracia esos intelectuales de café, que siempre están reclamando más independencia en política internacional. A mí lo que me importa es el negocio. Y como comerciante, le aseguro que no me afectaría en absoluto que el Uruguay fuera menos independiente de lo que es, y llámele como quiera a esa falta de independencia: estado asociado, área del dólar o, más francamente, colonia. En el negocio, la patria no es tan importante como en el himno, y a veces el comercio funciona mejor en una colonia que en una nación aparentemente independiente.

—Todo depende. Fíjese, Reinach, que si fuéramos colonia de Estados Unidos, o, en último caso, de Inglaterra, bah, no estaría mal. Pero imagine un momento que fuéramos colonia de Rusia. Se me pone la piel de gallina.

—Ni pensé en esa posibilidad. Debo aclararle que para mí hay una sola patria: el concepto de empresa privada. Donde ese concepto no exista, a ese país lo borro del mapa. De mi mapa, al menos.

—¿Sabe cómo me di cuenta de que Ocampo era uruguayo? —pregunta, raviol en vilo, el bien nutrido Ballesteros

al silencioso Larralde—. Entré en un cafecito que está detrás del Carnegie Hall y en una mesa había tres tipos hablando en español. De pronto uno de ellos dijo: «Y decidí jugarle a ese caballo». Fíjese: no dijo caballo, ni cabalio, ni cabaio, sino caballo. Me acerqué y le dije: «¿De Buenos Aires o de Montevideo?». Y él me contestó: «Del Paso Molino». ¡Qué satisfacción! Yo también soy del Paso Molino, ¿se da cuenta?

Budiño sirve Chianti en la copa de Marcela; luego, sirve en la propia.

—¿No has estado en el Bowery?

—No. ¿Qué es eso?

—El barrio de los borrachos. Tenés que irte fijando dónde ponés el pie. De lo contrario, podés pisar el cuerpo de algún infeliz, tirado en la vereda o en la calle. Es más bien deprimente.

—También este barrio es deprimente.

—Nunca acabaré de entender el problema de los puertorriqueños. Primero, eso de Estado Asociado suena feo. El precio de la dignidad nacional son tantos y cuántos dólares. Da la impresión de una venta colectiva. Y después, con el anzuelo de la libre entrada a los Estados Unidos, lo que ganan es esto: vivir amontonados en una sola pieza y trabajar como burros para que les paguen menos que a cualquier norteamericano. No, no lo entiendo.

—¿Vos sabés qué me pasa a mí con Estados Unidos? Comprendo todo eso de que se han portado horrible con América Latina. Aquello de México, Nicaragua, Panamá, Guatemala. Bastante me ha aleccionado mi hermano acerca de todo ese pedigree. Lo entiendo y me da rabia. Pero después llego aquí y me fascina. Mirá, he estado también en Europa, pero Nueva York es una de las ciudades en que más disfruto.

—¿Y cómo es que tu marido te deja andar solita por estos mundos de Dios? ¿No sabe que puede ser peligroso? Para él, al menos.

—No. No es que me deje. Es que nos estamos divorciando.

—Ah.

—Mi matrimonio duró apenas seis meses.

—¿No le gustan los dólares? —pregunta Angélica Franco a Claudio Ocampo.

—¿Y a quién no?

—A mí me encantan. Además, me parece fantástico que todos sean del mismo tamaño: el billete de un dólar igualito al de cien. ¿Cómo no van a ser dueños del mundo, si tienen unos billetes tan lindos? ¿Quién puede resistirse? Si a usted lo quisieran comprar, Ocampo, ¿podría resistirse? Pues yo no. A mí me muestran un dólar y todas mis defensas se derrumban. ¿Por qué será eso?

—¿Qué quiere que le diga? En mi opinión puede tratarse de dos cosas: o usted es terriblemente ambiciosa, o usted...

—Dígalo, dígallo.

—O usted tiene pocos prejuicios.

—Le seré franca: no soy ambiciosa.

Agustín Fernández ha hecho grandes progresos. Mientras el arroz a la cubana se enfría un poco, su mano derecha descansa sobre el muslo izquierdo de Ruth.

—Yo no tendría que venir a los Estados Unidos, porque cada vez que vengo me da fiebre. Pensando en el Uruguay, ¿sabes?, pensando en lo limitados que somos. Aquí todo es grande y todo se hace en grande.

La mano asciende lentamente.

—Portate bien —dice Ruth por lo bajo.

—Nosotros tenemos una filosofía de tango —continúa imperturbable el dueño de la mano—. La mina, la vieja, el mate,

el fútbol, la caña, el viejo barrio Sur, mucha sentimentalina. Y así no se va a ninguna parte. Somos blandos, ¿entendés? Fijate que hasta nuestros guardias de honor se llaman los Blandengues. Somos eso, blandengues, y en cambio hay que ser duros, como son estos tipos. Al negocio y se acabó. Lo que sirve, sirve, y lo que no sirve, no sirve.

La mano progresa hasta sentir bajo la pollera el bordecito de la bombacha.

—Agustín, nos van a ver —murmura ella con cierta desesperación.

—Sociológicamente —sigue el rostro severo de Fernández— no me gusta cómo somos. Económicamente, tampoco. Humanamente, menos aún. Pensar que aquí, en el Norte, tenemos este ejemplo y nos damos el lujo de ignorarlo. No sabés la mala sangre que me hago cada vez que vengo a Nueva York.

Los cinco dedos se mueven independientemente, cada uno por su lado, y de pronto, como si estuvieran satisfechos de la exploración, aprietan al unísono.

—Aaay —se le escapa a Ruth.

—Yo no pienso regresar al Uruguay —dice en la cabecera Ballesteros, echándole el cálido aliento a Larralde—. Alguna vez, puede ser, para ver a mi madre o a mis sobrinos, pero a radicarme, jamás.

—Yo no sé si podría desarraigarme hasta ese punto.

—Claro que podría. Todo el mundo puede. ¿Sabe qué es lo más indicado para curar la nostalgia? El confort. Yo aquí conseguí el confort y ahora ya ni me acuerdo del Paso Molino. Esta sensación de que usted aprieta un botón y el mundo le responde. ¿No cree usted que aquí la vida es maravillosamente mecánica? El otro día alguien, un mexicano creo, me decía nada más que con el ánimo de arruinarme la digestión: «¿Sí, todo es

maravillosamente mecánico, pero ¿no ha pensado usted cuántos miles pasan hambre en el resto de América para que los norteamericanos puedan apretar su botón?». Pero le aseguro que no me arruinó la digestión, porque yo le dije... ¿Sabe lo que le dije? Jajá. Lo miré fijo y le contesté: ¿Y a mí qué me importa?

—Por eso me gusta estar lejos de Montevideo —explica la boca de Angélica Franco a la oreja de Ocampo— porque entonces pierdo mis inhibiciones. Estoy segura de que usted, por ejemplo, que me cae tan simpático, me hace ahora cualquier proposición, por más escandalosa que pueda parecerme en Montevideo, estoy segura de que usted me dice algo brutalmente comprometedor y no me escandalizo. Y es eso: la distancia. Si usted me hubiera visto en el Uruguay, aquí no me habría reconocido. Es extraño, pero allá soy tan apocada, tan tímida, tan retraída, tan vacilante. Aquí en cambio me libero. Dígame, Ocampo, con toda sinceridad, ¿le parezco tímida?

—Jamás de los jamases. Más bien me parece tremendamente decidida, casi diría arremetedora.

—Aaah qué bueno que me lo diga. No sabe lo bien que me hace sentirme así, libre, decidida. Allá es tan diferente; todo me inhibe. Veo el Palacio Salvo y me retraigo. Alguien se sienta junto a mí en el ómnibus y me retraigo. Si un muchacho me toca, aunque sea sin intención, en seguida me retraigo.

—¿Y aquí no se retrae?

—Haga la prueba, Ocampo, haga la prueba.

—Y entonces —le confía Marcela a Ramón Budiño— no pude más. Para mí era horrible sentir que inspiraba una atracción exclusivamente sexual. Una mujer aspira a ser querida, además de eso, por otras razones.

—Me imagino que no debe de ser difícil quererte por esas otras razones. Además de las primeras, por supuesto.

—*Vos me escuchás en solfa y me mirás con cierto aire condescendiente. ¿Me tomás por una chiquilina?*

—*Lo que pasa es que no tenés cara de persona mayor.*

—*Sin embargo, te aseguro que es horrible haber estado casada y después quedarse sola. De soltera también estaba sola, pero era otra clase de soledad. Era una soledad con esperanza.*

—*Caramba, qué frase. ¿Pretendés convencerme de que a los veintitrés años has perdido la esperanza?*

—*No. Pero ahora ya tuve una experiencia matrimonial y sé que puede no funcionar.*

—*Todo en la vida está pendiente de esa alternativa. Todo puede funcionar o no.*

—*¿Y vos? ¿Sos feliz en tu matrimonio? ¿Funciona tu vida conyugal?*

—*¿Sabés qué pasa? Después de tantos años de casado, mi vida conyugal no es un tema interesante. No tiene suspenso, ¿entendés?*

—*¿Tenés hijos?*

—*Uno, de quince años. Se llama Gustavo.*

—*Debe de ser lindo tener un hijo. Si yo lo hubiera tenido, estoy segura de que mi matrimonio se habría salvado.*

—*A ver, contame más.*

—*Pero, decime, ¿qué sos? ¿Novelista? ¿Periodista? ¿Detective? Hacés hablar a la gente, pero vos no contás nada.*

—*Ya te dije por qué: un veterano, casado y con un hijo, siempre es aburrido, pero una muchacha como vos, joven, linda y sin marido, siempre es interesante.*

Marcela mastica lentamente un trocito de pan. Luego, cuando interroga, lo hace con una ambigua sonrisa.

—*¿Me estás llevando la carga?*

La carcajada de Budiño hace dar vuelta las cabezas de Ruth Amezua, Claudio Ocampo y José Reinach. Sólo cuando las tres miradas regresan a sus primeros designios, Budiño mira alegremente a Marcela. Pero no la toca.

—¿Sabés que no se me había ocurrido? Pero es una idea buenísima.

Ahora es ella la que suelta la risa.

—Falluto.

Pero esta vez sólo Ocampo se da vuelta y comenta:

—Parece que los muchachos se divierten.

Mirta Ventura se ha quitado la chaqueta y luce los estratégicos lunares de sus hombros. Berrutti lanza, como al descuido, miradas laterales, pero está un poco incómodo para apreciar en toda su riqueza el panorama de esa espaldita exóticamente bronceada. Mientras tanto, y por las dudas, habla.

—Nuestro error viene de muy lejos. Arranca desde el colegio. Esa falta de religiosidad, esa educación inexorablemente laica. Además, toda esa serenata de que el niño se exprese libremente. Buenos moquetes me daban a mí cuando iba a la Escuela Francia. Ahora, si una maestra le tira de la oreja, nada más que de la oreja, a uno de esos infanto-juveniles que pueblan Primaria, inmediatamente le levantan un sumario.

—Yo me eduqué en las Dominicas.

—Abí tenés. ¿Cuál es el resultado? Tenés personalidad, no sos una del montón.

—Gracias, Berrutti.

—Pero si no te lo digo como piropo, sino simplemente como confirmación de mi tesis. Eso me gusta de este país: aquí sí está Dios en todo. En la enseñanza, en la Constitución, en la discriminación racial, en las fuerzas armadas. Estados Unidos es un país fundamentalmente religioso. Nosotros en cambio somos

un país fundamentalmente laico. Por eso somos incoherentes. Dios une; el laicismo separa.

El piececito de Mirta se arrima, como por azar, al zapato número cuarenta y dos de Berrutti. Él no lo retira, y aunque todavía no tiene la absoluta certeza de que ella no lo está confundiendo con la pata de la mesa, igual prosigue con renovados bríos.

—Yo no pretendo que el ser humano deje de pecar. Errare humanum est. El error, el pecado, está en el ser mismo del hombre.

—¿Vos querés decir el pecado original?

—Eso mismo, vos me comprendés. Pero reconocé que es muy diferente pecar sin sentido de culpa, casi gozosamente, como lo hace el ateo, y pecar, como podemos hacerlo vos o yo, sintiéndonos cristianamente culpables ante Dios.

—Te diré más; yo creo que el sentido de culpa le agrega otro sabor al pecado.

Berrutti mueve dos centímetros su zapato cuarenta y dos, e, inmediatamente, el piececito de Mirta recupera el contacto. Sin dudas ya, seguro de sí mismo, alza la cabeza, con una mano se acomoda el cabello un poco revuelto, y remata su pensamiento:

—Exactamente, otro sabor. ¡Qué cosa aburrida debe ser el pecar cuando se es ateo! Realizar lo pecaminoso sin que nadie te pida cuentas.

—Horrible. Lo pienso y se me encoge el corazón.

—Por eso las grandes obras de arte se han construido siempre alrededor del pecado.

—Lo cual, en el fondo, significa construirlas alrededor de Dios.

—Naturalmente, porque sin Dios el pecado no existe. Y se han construido alrededor del pecado, porque el pecado

está prohibido y tiene castigo, y eso es lo estético: el conflicto entre la prohibición y la culpa. Mejor dicho, el arte es la chispa que resulta de frotar la prohibición con el castigo.

—Te salió redondo.

—¿Verdad que sí? Se me ocurrió ahora, mientras te hablaba.

—Sos notable vos —dice Mirta, al tiempo que su pantorrilla con media de nylon percibe la tibieza de otra pantorrilla con pantalón wash&wear.

Larralde se encoge de hombros. En realidad no le interesa mucho la disertación levemente oligárquica de Sofía Melogno. Ni siquiera le atrae físicamente. Pero Sofía se ha propuesto catequizarlo.

—Larralde, no me haga dudar del equilibrio de su juicio. Salvo que me esté tomando el pelo. ¿Me quiere decir dónde hay más libertad que aquí? A ver, a ver, un solo sitio, no le pido más.

—En las selvas del Amazonas, por ejemplo. Y fíjese qué curioso: allí no hay democracia representativa.

—Es lo que digo: usted me está tomando el pelo. Como buen periodista que es. Eso es lo único que ustedes saben hacer: tomar el pelo.

—No crea, señorita, sabemos hacer otras cosas.

—¿No podría dejar de llamarme señorita?

—Perdone, creí que era soltera.

—Naturalmente que lo soy, bobo. Pero me llamo Sofía. Y en casa me dicen Nena.

—Ah.

—¿Y qué va a contar de todo lo que está viendo?

—No todo, por supuesto.

—¿Y por qué no?

—*Porque no se puede, Nena. Periodísticamente hablando, hay que ajustar los Estados Unidos que vemos a los Estados Unidos que llegan a Montevideo en las películas de Hollywood. ¿Para qué escribir sobre Little Rock si se puede escribir sobre Beverly Hills? Si yo cuento que en San Francisco un poeta beatnik se tiró de un tercer piso, nada más que porque no toleraba el American Way of Life, y no se mató, así que se quedó con el American Way of Life intacto y las dos piernas quebradas, si cuento eso, allá no les va a gustar; y el Secretario de Redacción me cablegrafiará un severo tirón de orejas con la recomendación de No Darle Pasto A Las Fieras. Así que mejor escribo sobre las ventajas del cerebro electrónico. Eso sí les gusta. El ideal de nuestros Ministros de Hacienda, nuestros entrenadores de fútbol y nuestros jefes del contrabando es el cerebro electrónico. Cálculos exactísimos, nada dejado a la improvisación, escaso material humano, y, sobre todo, algo en qué apoyarse. ¿A usted le gusta el cerebro electrónico? En muchos países subdesarrollados, Uruguay entre ellos, usan todavía un sucedáneo desventajoso y primitivo. Me refiero al horóscopo. Pero le puedo asegurar que el cerebro electrónico es más digno de confianza. Precisamente, ésta es la tesis de mi próximo artículo. Agradézcame la primicia.*

—*Usted está un poco borracho, ¿verdad, Larralde? ¿Se puede saber para qué diario escribe?*

—*Para La Razón. Pero no busque las iniciales A. L. Generalmente, mis artículos aparecen sin firma, o con el seudónimo Aladino.*

—*Dígame, señor Aladino, ¿usted de qué signo es?*

—*Virgo, para servir a usted.*

—*¿Virgo? Impulsivo, sensible, reservado, activo, inteligencia racional, sentido práctico, devoción, fidelidad. Y también tendencia al surmenage.*

—*La gran flauta. Pero usted es una erudita. Por lo menos en lo del surmenage, acertó. De todos modos, le advierto que tendré que hacer verificar por el cerebro electrónico esa hermosa y estimulante ficha personal.*

Larralde empuña convincentemente la botella.

—*Y ahora tómese otro vinito. Para bajar el postre, Nena.*

El teléfono suena relativamente apagado y lejano, debido a que en un extremo de la mesa Ballesteros sacude rítmicamente su abdomen como respuesta a una broma de Aguilar; en el centro Gabriela Dupetit dice en voz alta: «Te juro que acá a mí me da vergüenza ser uruguaya», y en el otro extremo Ocampo y Angélica Franco han encontrado un motivo más de coincidencia y cantan a dúo No te engañes corazón. De modo que hasta que no entra José y pide silencio, nadie interrumpe su actividad.

—*Señor Ballesteros, lo llaman por teléfono y dicen que es very urgent.*

Ballesteros detiene tan bruscamente sus sacudidas, que su estupor culmina en un eructo, hábilmente prolongado en unos tos de emergencia.

—*Dios mío, very urgent —dice al levantarse, y al salir se tambalea un poco. Se apoya en el respaldo de la silla de Larralde y luego arranca de nuevo, con pasitos cortos y no demasiado seguros.*

Se ha callado Gabriela. El tango también queda suspendido en no creas que es la envidia o el despecho. Debajo de la mesa, todas las manos y piernas vuelven a sus bases. Marcela toca por primera vez, pero sobre la mesa, la mano de Ramón.

—*No sé por qué —murmura con voz auténticamente preocupada— pero tengo el presentimiento de que se trata de algo malo que nos concierne a todos.*

Reinach, los ojos fijos en un cuadro de la pared, que muestra a Ike, mastica y de vez en cuando deja oír el chasquido de su lengua. Sofía Melogno se retuerce las manos. Cécica Bustos se suena la nariz. Aguilar enciende un Republicana traído de la patria y acerca la llamita del encendedor al Chesterfield que sostiene las manos, un poco temblorosas, de Fernández. Mirta Ventura, con la solícita colaboración de Berrutti, vuelve a ponerse la chaqueta. Ruth Amezua estornuda, pero nadie le dice salud. Ramón respira profundamente y, con la mano izquierda, ya que con la derecha atiende a Marcela, alza la copa y acaba un restito de vino.

La entrada de Ballesteros es muy distinta a su salida. Evidentemente, algo ha ocurrido que lo ha despejado repentinamente y por completo. Su expresión es de tremendo desconcierto y parece a punto de llorar.

—Algo horrible. Ha pasado algo horrible.

—¿Dónde? —preguntan varios.

—Allá.

—¿En el Uruguay? —concreta Larralde.

—Sí.

—Hable de una vez. ¿Qué pasó?

—Una catástrofe. Una inundación espantosa. Un maremoto. Todavía no se sabe bien. Luego me van a telefonear de nuevo. Todo destruido. El país totalmente en ruinas. El agua arrastra todo por las calles. No hay más puentes. No se sabe cuántas víctimas. Todo destruido. Una catástrofe como nunca. El país borrado del mapa. Campo y ciudad. Arrasado, totalmente arrasado.

Ruth Amezua lanza un grito agudo y cae hacia atrás. Fernández y Budiño la sostienen. Sofía Melogno empieza a llorar con un ruido espantoso. Cécica Bustos mira la pared y los

lagrimones caen sobre su segundo helado. Gabriela se muerde el labio inferior; después se cubre la cara con las manos. Reinach es, por ahora, el único hombre que llora en forma ostensible. Larralde pregunta, tenso:

—Pero ¿cómo lo supo?

—Mi vecino, un mexicano, lo oyó en el noticiero de la televisión. Sabía que yo estaba aquí y me telefoneó.

Angélica Franco pone un frasquito con perfume bajo la nariz de Ruth, y ésta se recupera, abre los ojos y de inmediato los cierra para llorar. Mirta Ventura reza.

—Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor.

Berruti la contempla sin solidaridad y también pregunta:

—¿Y hay víctimas?

Ballesteros sacude la cabeza.

—No me abrumen, que ya bastante abrumado estoy. Les dije que no sé. Lo único que informaron es que el país está borrado del mapa. Arrasado, totalmente arrasado. Se acabó todo.

Desde un rincón, José mira el espectáculo. Está un poco deslumbrado. Sale hacia la cocina, a tiempo para contener al mozo del meñique:

—Wait a minute. Todavía no les lleves el check.

Marcela solloza quedamente, sin perder la cabeza.

—No puede creerse una cosa así —dice Budiño.

—Yo sabía. Te lo dije cuando salió Ballesteros. Yo sabía que era algo que nos concernía a todos.

—¡Qué horrible!

—Y César está allá.

—¿Tu marido?

—Sí.

—¿Te importa mucho?

—Sí.

—Es el castigo de Dios —chilla Gabriela— porque yo dije que aquí me daba vergüenza ser uruguaya. Es el castigo de Dios y lo tengo merecido. Pobre mi mamita. Pobre mi viejita. Y mi hermano. No quiero pensar. ¡No quiero!

—¿Se da cuenta? —dice Aguilar a Cécica Bustos—. Yo hace un rato poniéndome cínico y ahora siento un nudo en la garganta.

—Todo arrasado —murmura Reinach— todo, también mi tienda. Mi tienda borrada del mapa. No puede ser. ¿Conocen ustedes mi negocio? En Dieciocho y Gaboto. ¿Verdad que era lindo? Le había cambiado el mes pasado el letrero luminoso. Y tenía una puerta giratoria. Y dos camiones de reparto. Qué horror. Y todo lo que estuve diciendo. ¿Me oyeron? Usted por lo menos me oyó, Gabriela. Que no producíamos nada. Y, no es cierto. Es un lindo país, Gabriela. Se puede trabajar sin miedo. Mi padre es judío, yo soy judío. Nací en Montevideo, pero soy judío. Tengo un tío que escapó de Alemania, porque allí la catástrofe fue espantosa. No fue un maremoto, pero igual fue espantosa, y para mi familia no quedó nada. Y en el Uruguay nadie nos molestó. Es un lindo país. Se puede trabajar. Y borrado del mapa. No es cierto todo eso de que la empresa privada es mi patria. No es cierto. Es un lindo país. Y ahora está borrado del mapa. Es un lindo país.

—Así en la tierra como en el cielo —reza Mirta Ventura—. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.

—Callate —dice Berruti, con los ojos saltados.

—¿Qué? —pregunta ella, de estupor en estupor.

—¡Callate! ¿No ves que no existe? ¿No ves que no hay Dios?

—Pero ¿no decías hace un momento?

—Pavadas. No puede haber un Dios que destruya todo porque sí. ¿No te das cuenta? ¿Cómo podés rezar así, tan tranquila? ¿No tenés a nadie allá? ¿Nadie aparte de las monjas?

—Sí—*explota Mirta soltando definitivamente el trapo— tengo a mi papá, pobrecito papá, pobrecito papito.*

—*A ver si Dios te devuelve a tu pobrecito papito.*

—*No seas malo.*

—*Yo tengo dos hijos, ¿entendés?, dos hijos, un varón y una nena. Si Dios me los mata, quiero decir, si el maremoto me los mata, te juro por esta cruz que reniego de todo.*

—*Es como dice aquella —solloza Sofía con los dientes apretados—, es un castigo. Es un castigo porque nunca he trabajado.*

—*No sea chiquilina —dice seriamente Larralde.*

—*Es un castigo porque siempre he despreciado a los pobres, porque siempre les digo La Chusma.*

—*¿Quiere no ser tan pava? —dice Larralde, que está empezando a perder la paciencia y la sacude de los hombros—. Si fuera un castigo dedicado a usted, solamente a usted, el destino no se habría preocupado de ponerla previamente a salvo; al contrario, la habría colocado en el centro mismo de la catástrofe.*

—*Pero ¿no entiende que esto es mucho peor? ¿No entiende que esta sensación de no poder hacer nada ni ayudar, ni ver el desastre con los propios ojos, no entiende que esto es lo más espantoso? Además, se lo digo ahora. Tengo la obligación de confesarlo. Todo lo que dije antes era una pose, una mentira. Me gusta aquello. Es un país chiquito, insignificante, pero me gusta. No podría vivir aquí, entre tipos mecanizados, sórdidos, ingenuos hasta la bobera.*

Angélica Franco está sacando dólares de su cartera. Los agrupa de a tres billetes y luego los rompe a pedacitos.

—*Nada. No me importan nada.*

Ocampo le pasa un brazo sobre los hombros y la inmoviliza.

—No seas histérica. Después te vas a arrepentir. ¡Romper un billete de cien dólares! ¿Estás loca? ¿Se puede saber qué arreglás con eso?

—Es un castigo, claro. Por lo que te estuve diciendo. Porque me estuve ofreciendo. No me importan los dólares, ¿entendés?

—Pero, mujer, no te preocupes, si en ningún momento te tomé en serio.

—Y no es cierto que allá sea tímida. Nunca soy tímida.

—Ya lo sé.

—Aquí y allá soy siempre como me viste hoy. Una puta. Nada más que una puta.

Ballesteros ha dejado caer los brazos a los costados de la silla. Con los ojos llorosos y una mueca que parece un puchero frustrado, su cuerpo enorme y desigual tiene ahora el aspecto de un lisiado.

—Ya ves —le explica a Larralde, pero sin mirarlo de frente—. No se puede decir de este agua no beberé. Hace un ratito le juraba que no volvería. Y ahora quisiera estar allá. Daría diez años de vida por estar allá. Parece mentira que uno necesite estos golpes terribles para saber a qué sitio pertenece. ¿Quiere que le diga una cosa? Pienso en el Paso Molino, pienso que todo allá será ahora una desolación, una destrucción total, y ya ve, yo, un pelotudo de sesenta años, me pongo a llorar como un botija. ¿Usted conoce el Paso Molino? ¿Se acuerda de las barreras aquellas, grandotas? A mí me gustaba, mire usted, y ya no era un pibe por cierto, quedarme allá un rato al atardecer, viendo cómo pasaban los ferrocarriles. A veces pasaban tres seguidos y entonces se juntaban como dos cuadras de coches, autobuses y tranvías. Era una estupidez, pero yo disfrutaba viendo, cuando las barreras al final se abrían, cómo arrancaba de golpe aquel curso improvisado.

—Seguramente, César estaba en Salto —dice calmosamente Marcela.

—¿Qué hace allá? —pregunta Ramón.

—Mi suegro tiene una estancia, pero es César el que la atiende, el que más trabaja.

—¿Cómo es tu marido?

—¿Físicamente?

—Sí.

—Alto, delgado, pelo oscuro, ojos verdes, nariz afilada, ancho de hombros.

Marcela se pasa un pañuelo por las sienes.

—No te alarmes todavía —dice Ramón.

Marcela sonríe precariamente y hace un indeciso ademán de disculpa.

—Vos consolándome, dándome fuerzas, y yo, tan idiota, sin acordarme de que allá también está tu gente.

—Todos tenemos allá nuestra gente.

—Tu hijo, tu padre, tu mujer.

—Sí, mi hijo, mi mujer, todos.

—Qué horrible.

Entonces ella se afloja, pierde repentinamente toda serenidad, toda apariencia de serenidad, empieza a llorar con los ojos abiertos, y dice sin arrepentimiento, sin orgullo ni vergüenza, con el menor énfasis posible, como si lo estuviera descubriendo en ese instante:

—Yo lo quiero. Lo necesito. Es insoportable. No puede ser.

Budiño la mira, enciende un cigarrillo y se lo pasa. Después enciende otro para sí.

—Gustavo, Dolly —piensa en voz alta.

Esta vez el teléfono hace que todos queden paralizados, como en ese juego infantil de las estatuas. José entra de nuevo

y no necesita decirle nada a Ballesteros. Sólo lo mira. Ballesteros se levanta y esta vez no se tambalea. Casi corriendo, va hacia la puerta. En realidad, todos dejan la mesa y van hacia la puerta.

—¿Qué hay? —dice Ballesteros al tomar el tubo.

Los ojos de los otros están clavados en él. El hueco de la puerta es un montón de ojos. De pronto el gordo se afloja, se afloja. José es el primero que acude a sostenerlo. Budiño recoge el tubo, que ha quedado colgando.

—Soy un amigo de Ballesteros. Se ha desmayado. ¿Qué sucede?

Escucha un momento. Luego suspira. Un suspiro en el que a Budiño le parece estar vaciando íntegramente los pulmones.

—Gracias —lo oyen decir los otros—. No sabe cómo le agradecemos, señor. Sí, Ballesteros ya está bien. Después lo llamará, sin duda.

Ballesteros, que ya ha abierto los ojos, le ordena tartajosamente a Budiño que les diga todo a los otros.

—Era una exageración —dice Budiño. El amigo de Ballesteros escuchó otro informativo y parece que la verdad es muy distinta. Hubo una gran inundación, sí, y algunos pueblos del Interior están bajo agua. Pero nada de maremoto, ni de muertes. Simplemente, una inundación más importante que la de otros años.

Se produce un gran silencio. Luego, de la boca de Reinach sale una especie de ronquido, algo así como una alegría gutural, algo así como la palabra tienda. Ocampo se inclina, recoge varios trozos de dólares y se los da a Angélica Franco.

—Pegalos y cambialos después en algún Banco.

—Gracias —dice ella, y se sienta, desconcertada. Un mechón se le ha separado del peinado impecable y ha quedado adherido a su mejilla, pegajosa de llanto y de sudor.

Agustín y Ruth, en un rincón, se besan en la boca. Berrutti intenta acercarse a Mirta Ventura, pero ella lo contiene con una mirada congelante y un murmullo entre dientes:

—No me toque, ¿entiende?

Célica Bustos se enfrenta a Aguilar; que está recostado en la pared.

—Bueno, aquí no ha pasado nada. Cada uno a su sitio, ¿no? El agua otra vez al río; usted otra vez a la OEA. Hasta que la muerte los separe.

Sofía Melogno se mira en un espejito.

—Estoy horrible. Parece que fui yo la que tuvo el maremoto.

—¿Y? —pregunta Larralde, a su lado.

—Mire, todos dijimos muchas pavadas esta noche, ¿no le parece?

José aprovecha para correr hacia dentro y decirle al mozo del meñique nasal:

—Vamos, ahora sí the check.

Cuando el mozo entrega la cuenta a Ballesteros, en el primer momento éste cree que se trata de una nueva emoción. Pero en seguida comprende que no es para tanto.

—Ah, la adición.

Berrutti y Reinach se acercan para ayudarlo a hacer la división y establecer el importe per cápita.

—Entre ocho. Las mujeres no pagan —dice Berrutti.

Los otros dos asienten en silencio.

Budiño sostiene el tapado de Marcela, hasta que ella consigue acomodarlo sobre sus hombros.

—¿Y? ¿Te sirvió de algo el susto?

—Sí —dice ella— ¿y a vos?

Él vacila un poco antes de responder.

—También. Pero no demasiado.

Algo en el tono de su voz hace que Marcela lo mire con preocupación.

—Hace un rato dijiste: Gustavo, Dolly. ¿Dolly es el nombre de tu mujer?

Él no puede menos que sonreír, atrapado.

—No, no es el nombre de mi mujer.

José recoge la propina y resopla:

—Ni siquiera un diez por ciento.

Lentamente van saliendo. Ahora, en el salón que da a Broadway, todas las mesas están ocupadas. Algunos de los comensales quedan un poco desconcertados cuando Gabriela Dupetit abre los brazos y exclama con estentórea compunción:

—Convénzanse. Somos una porquería. Las pocas veces en que hay una alarma, siempre termina en falsa alarma. Ya lo vieron. Nunca seremos capaces de tener una catástrofe de primera clase.